

“En el párrafo que empieza *Las medidas de defensa adoptadas*..... se da á entender que la organización de cuerpos de voluntarios, la traslación del parque á San Bartolomé y la fortificación de las manzanas centrales con fosos y trincheras, fueron hechas anteriores á la batalla de Buenavista.

“Yo, como testigo, y aun como actor (pues ayudé á sacar tierra de los fosos cuando los estaban cavando), referí ya lo que sucedió en la *Gran Semana*. Esta empezó el lunes 23 de Noviembre de 1841, y durante parte de ella fue cuando se organizaron los voluntarios, se trasladó el parque y se hicieron las fosas y las trincheras.

“La acción de Buenavista había tenido lugar el 28 de Octubre, casi un mes antes.

“Mi relación está publicada en la *Revista Literaria* de Laverde Amaya, entrega de Julio de 92, número 27.”

Como nuestro propósito, en el pasaje citado, no fue escribir la historia de 1840, sino apuntar la parte que el General ORTEGA tuvo en ella, mencionámos primero lo que dispuso para defender la ciudad, á fin de transcribir, sin interrupción, la relación de la campaña hecha por el Sr. Madrid. Pero como realmente nuestra narración puede interpretarse como indica el Sr. Marroquín, tenemos mucho gusto en publicar su aclaración, que cordialmente agradecemos.

## TIVOLI \*

RESEÑA HISTÓRICA DESCRIPTIVA

Hay nombres geográficos que no pueden pronunciarse sin que se agrupen á la mente recuerdos de tiempos heroicos. Sin salir de las cercanías de Roma, aquí tenemos á

\* Nos honramos publicando este artículo, escrito en el mismo Tivoli durante los asuetos de 1893, en el Colegio Pío Latino Americano. Su autor es un distinguido sacerdote, Cura de San Nicolás, de Barranquilla, y ya conocido ventajosamente en todo el país.—N. de la R.

Albano (la antigua Alba Lunga), Ardea, ciudad Lavinia, Palestrina (antigua Preneste), Tivoli y otras poblaciones de igual importancia, que quedan en pie todavía, para señalar á las generaciones, presente y futuras, el sitio de aquellos pueblos belicosos y fuertes, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos y cuya pujanza tuvo en jaque por largos años la ambición de los hijos de Rómulo.

Hoy estas históricas ciudades no presentan más que sombras de lo que fueron; sus monumentos antiguos aparecen como arrugas en la frente de un anciano y venerable militar. Todas, *mutatis mutandis*, pueden repetir con el poeta latino: *fuius Troes; fuit Ilion et ingens gloria Dardanum*.

Concretemos nuestro pensamiento á la última de las ciudades mencionadas: Tivoli, la famosa *Tibur* de los antiguos, á la que Virgilio llamó grandiosa (*Tibur superbum*) y á la que dieron los romanos tanto esplendor, que dejó su nombre estampado en mil páginas de la historia. Mucho habría que decir, pero compendiamos nuestra descripción en pocas páginas, descartando noticias que más interesan al arqueólogo que al historiador ó al literato y tratando de acercarnos al estilo de éstos.

Para proceder con orden daremos una ojeada retrospectiva hacia la cuna, la juventud y la mayor edad del pueblo tiburtino; pasaremos después la vista sobre sus monumentos antiguos, y así impresionada la mente al recuerdo glorioso de lo pasado, pararemos la contemplación en las bellezas artísticas y naturales de la ciudad moderna.

Quien pretendiere rastrear el origen de Tivoli se expondrá á sufrir lo que los audaces exploradores de las fuentes del Nilo: ó se han perdido ó han vuelto atrás. Contentémonos con lo que narran algunos historiadores, que descubren el nacimiento de esta ciudad 600 años antes que la

famosa loba tiberina amamantara á los hijos de la desgraciada Rea Silvia. Lo cierto es que la cuna de este pueblo se meció al tiempo que el fugitivo Eneas acometía la grande empresa (*tantae molis erat*), que forma el tema de la celebrada epopeya virgiliana: la conquista del Lacio. No es este apuntamiento inoficiosa erudición, sino para observar cómo el noble troyano vino á encontrar á sus perpetuos enemigos, los griegos, donde menos lo pensara.

En efecto, mientras el hijo de Anquises abordaba á las playas de Lavinio, Catilo, general griego del ejército de Evandro, comenzaba, con sus tres hijos, la conquista de los primeros moradores de estos collados, conquista que llevó á cabo su hijo mayor *Tiburto*, fundando la ciudad á que dio su nombre. Por eso no es de extrañar que hallemos en la Eneida que Tiburto con sus dos hermanos prestara auxilio á Turno, rey de los Rútulos, cuando éste hacía oposición al establecimiento de los fugitivos de Troya:

*Quinque adeo magnæ positis incudibus urbes  
Tela novant Atina potens, Tiburque superbum.*

(Eneida, lib. 7).

Parece que contemporáneamente murieron Eneas y Tiburto; aquél dejando asegurado el establecimiento de sus compatriotas, éste dejando constituida la ciudad que debía perpetuar su nombre.

Hé aquí los orígenes más conocidos de Tívoli. De entonces en adelante su historia fue un continuo bregar con otros pueblos y después con los romanos, ora en guerra abierta, ora en represalias, hasta que la mano férrea de la República Romana sujetó á los tiburtinos, como hizo con los demás pueblos de la Península y como debía hacer más tarde con casi todo el mundo conocido. Sujetos á los romanos prestaron grandes servicios en las guerras púnicas, lo que les mereció que Tívoli fuera declarada ciudad de refugio, como lo era Nápoles. Pero fue bajo los Césares cuando aquella ciudad llegó á su apogeo; entonces comen-

zó á ser morada de hombres notables del Imperio, sobre todo de literatos y ricos que fabricaron allí las suntuosas quintas de que hablaremos más adelante.

Cansado y hasta inútil me parece seguir la narración histórica hasta la caída del Imperio; pero en mi condición de eclesiástico juzgo poder detenerme lícita y provechosamente á celebrar las glorias que el Cristianismo reportó en esta ciudad, desde principios del segundo siglo, contentándome con hablar del martirio de Santa Sinforosa y sus siete hijos, ilustre émula, como Santa Felicidad, de la célebre Macabea, la heroína del pueblo judío (1).

Era Sinforosa viuda de San Getulio, tiburtino, quien había sido ya martirizado en Sabina. Queriendo el Emperador Adriano edificar su gran quinta cerca de Tívoli, hizo consultar á los oráculos; los sacerdotes, cegados más por el odio al Cristianismo que por la estupidez de la superstición, respondieron que los dioses no serían propicios si no se les ofrecía un sacrificio en que debían tomar parte Sinforosa y sus hijos. A esta respuesta, el Emperador ordena la ceremonia, hace venir á su presencia á la santa viuda y le intima la orden de sacrificar á los dioses. ¡Vano intento! Sinforosa no se deja seducir por los halagos, ni amedrentar por las amenazas del nuevo Antíoco; resuelta está á sufrir los más atroces tormentos antes que cometer un acto abominable de apostasía. Bien pueden colgarla de los cabellos un día entero á las puertas del templo de Hércules, con un peso á los pies, ella, débil por su sexo, pero fuerte de corazón, sabrá mostrar á los capitanes del Imperio cuánto puede el valor que comunica la fe cristiana. La vista de la madre, en este estado lastimero, no ami-

(1) Entre estas tres gloriosas mártires media una diferencia: que los siete hijos de la Macabea fueron martirizados en su presencia, por orden de edad, tocando el último puesto al más niño; los siete de santa Felicitas fueron martirizados en Roma cuatro meses antes que ella; los de Santa Sinforosa, al contrario, sufrieron el martirio después de ella.

lana tampoco á los hijos, antes los fortalece; todos se sienten resueltos á seguir su noble ejemplo.

Desconcertados los enemigos del Cristianismo, y perdida la ilusión que acariciaban, decretaron el último suplicio. Sinforosa es colgada, y atada una enorme piedra al cuello, se la precipita en la cascada que allí forma el río. Al siguiente día, sus hijos, desde el más tierno, perecen todos en los más crueles y variados suplicios, y los nombres de los ocho mártires se escriben en el cielo con estrellas y en la historia de Tívoli con letras de oro.

Y aquí pasamos por alto la historia de los caliginosos tiempos de la Edad Media y también de la subsiguiente, en que los bárbaros y sarracenos primero, y los alemanes y franceses después, y españoles y austriacos más tarde, devastaron esta tierra que la naturaleza, las artes y el buen gusto de los romanos habían convertido en lugar de delicias.

Recorramos, con la mirada del observador y el recuerdo de la historia, sus bellezas naturales y artísticas, sus monumentos arquitectónicos, sus paseos encantadores, y sus poéticos panoramas. Recordemos que Tívoli fue el lugar veraniego preferido de los antiguos romanos, y juzgaremos cuán grande sería su importancia desde aquel tiempo. Tívoli fue entonces lo que han sido después Aranjuez y San Sebastián en España, Versalles en Francia y Monza en Italia. Ingentes sumas debieron de invertir aquí romanos y tiburtinos para construir los soberbios templos, los grandes palacios y las hermosas quintas que embellecían estas colinas y estos valles.

Hoy de tales monumentos no existe más que el solar, aún dudoso, que ocuparon; cuando más, escombros y ruinas: el arma segadora del tiempo y la mano destructora del hombre todo lo han arrasado. Esta suerte tocó al templo de Hércules Vencedor, uno de los más famosos de la antigüedad pagana, porque á él venían de todo el mundo los hombres embrutecidos por la superstición, á oír las respuestas que daban los sacerdotes, cuando no el demonio

mismo por boca de los oráculos. En grandeza y magnificencia, sólo el de la Fortuna en Palestrina rivalizaba con éste, que era cuadrilátero y medía 700 metros en derredor. En él había amplio local para un colegio de sacerdotes, biblioteca y teatro, y contenía un tesoro de inmensa riqueza, que sirvió á Octavio para la guerra contra Antonio. ¡Siempre el salvajismo militar atropellando lo más sagrado para sus brutales intereses! Todavía, á despecho de las oleadas de los siglos, subsiste parte de las suntuosas bóvedas y magníficos viaductos, que se creía, hasta hace poco, eran restos del palacio de Mecenas.

Mejor suerte ha tocado á los templos de la Sibila y de Vesta: el primero, de forma rectangular, era famoso por las consultas que se hacían á la *Sibila Albúnea* (que así se llamaba la de Tívoli) y se conserva en su mayor parte. Mejor conservado está el segundo, de forma circular, de graciosa y esbelta arquitectura, con un pórtico de elegantes columnas corintias, hoy reducidas al número de nueve. Siendo Tívoli ciudad fuerte, no podía faltar el culto del Fuego Sagrado, ó de Vesta, con el correspondiente colegio de vestales.

De los otros templos paganos, poco ó nada subsiste; algunos fueron convertidos en iglesias, como pleito homenaje del error á la verdad y en señal de triunfo de la virtud sobre el vicio. Tales son: la catedral, sobre el templo de Hércules Sáxano; la iglesia de San Blas, sobre el de Juno, reina de los dioses; la de San Andrés, sobre el de Diana, etc.

Pretermitiendo otros monumentos antiguos y pasando de lo sagrado á lo profano, vamos á espaciarnos en las famosas *villas* ó quintas (1).

Fuerza es comenzar por la *Villa Adriana*, la más extensa; la más grandiosa, la más rica y la más bella de cuantas fabricó la opulencia romana: ésta era algo más que una quinta, era, se puede decir, una ciudad suburbana, campestre, si se quiere, pero con todas las magnificen-

(1) La palabra *villa*, en el significado de casa de recreo en el campo, la ha adoptado el Diccionario de la Academia de la 13.<sup>a</sup> edición.

cias que admirarse podían en las principales capitales. Pocos Emperadores como Elio Adriano, elevaron igual monumento de su gloria. Gloria, sin embargo, fugaz, como todas las del mundo, porque todo ha perecido. Lo que antes era *Villa Adriana* es ahora, “¡ay dolor!, campos de soledad, mustio collado.”

Si Rodrigo Caro se levantara de su tumba y contemplara estos escombros, pulsaría su lira de oro con la misma entonación elegíaca que ante las ruinas de Itálica famosa, patria del propio Elio Adriano. La villa del célebre Emperador ha corrido la misma suerte que la ciudad en que rodó su cuna de oro y marfil.

Hoy, al entrar á la *Villa*, una calle de altísimos y lúgubres cipreses indica elocuentemente al viajero que va á penetrar en un cementerio de ruinas, y le previene que

“Sólo quedan memorias funerales.”

Hé aquí á qué ha quedado reducida la que fue santuario de las artes. En mala hora comenzó Caracalla el despojo execrable, que continuaron sus sucesores, renovaron después la ignorancia y fiereza de los bárbaros y de los sarracenos y completó el egoísmo de los señores feudales, quedando al Tiempo el cargo de amontonar malezas para cuevas de reptiles. *Sentes et rubi crevere ubi purpurati consedere tribuni, et reginarum cubicula serpentes inhabitant* (1), exclamó Pío II, hace cuatro siglos, que fue lo mismo que cantó el poeta sevillano sobre las ruinas de Itálica:

“Aquí ya de laurel, ya de jazmines  
Coronados los vieron los jardines  
Que ahora son zarzales y lagunas.  
La casa para el César fabricada,  
¡Ay! yace de lagartos vil morada:  
Casas, jazmines, Césares murieron,  
Y aun las piedras que de ellos escribieron.”

(1) Espinas y zarzas han crecido donde los tribunos tomaron asiento (se congregaron), y las alcobas de las reinas son cuevas de serpientes

Sigamos con el poeta, recorramos toda la villa con la vista de ave que se cierne en el espacio, y exclamaremos de nuevo:

“Este llano fue plaza, allí fue templo,  
De todo apenas quedan las señales:  
Del gimnasio y las termas regaladas  
Leves vuelan cenizas desdichadas;  
Las torres que desprecio al aire fueron  
A su gran pesadumbre se rindieron.”

Cuántas reflexiones brotan fáciles al visitar estas ruinas, al recordar su historia y la del sabio Emperador que estampó aquí la huella de su genio artístico, después de haber reconstruido á Jerusalén, reedificado á Atenas y levantado en Roma la mole que lleva su nombre y el puente que se llama de Sant'Angelo. Figúranos ver á Adriano, emperador y arquitecto á la vez, pintor, escultor y filósofo, porque todo esto era, rodeado de una pléyade de maestros y artistas, con los cuales diseñó en un recinto de muchas millas: aquí el *Pecile*, allí la *Biblioteca* y el *Circo*, en esta altura el *Palacio*, más abajo el *Estadio* y la *Palestra*, en el fondo de aquella llanura el *Conopo*, más allá la *Academia* y el *Liceo*, en otra planicie los *Natatorios*, en un espacioso valle el *Tempe* con su riachuelo el *Peneo*, y en lugares más amenos el *Pritaneo*, para los beneméritos de la patria, los dos *Teatros*, griego y latino, las *Termas*, los *Templos* y cien maravillas más que halló esparcidos en Atenas, en Esparta, en Tesalia, en Alejandría, en Menfis y en todos los lugares del mundo que visitó y cuyos monumentos quiso reunir aquí con la más derrochadora grandeza.

Traed ahora el recuerdo de cincuenta mil esclavos que trabajaban á la presencia del César, y concluyen su labor en el corto ciclo de diez años (del 124 al 135). Decidme, ¿no os asombra todo eso? ¿No pensáis en el poder avasallador del hombre de genio? Pero contemplemos también la abyección á que el hombre reduce á su semejante cuando, á pesar del genio, carece de los principios de la moral,

que enfrena las pasiones, hace iguales á los hijos de Adán é inspira el deseo de una felicidad no pasajera y de una gloria no precaria. Cuando esto considero no me asombra ver estas ruinas; veo más bien en ellas la justa recompensa de Astrea, ó para hablar en cristiano, el balance de la justicia divina; porque estos edificios soberbios fueron empapados con el sudor de millares de esclavos, más infelices que los perros de sus amos, de cuya mesa no probaban ni las migajas; porque estos muros estaban salpicados de la sangre de mártires que, á la vez que semilla de cristianos, según expresión de Tertuliano, era mina potente que debía hacer estallar la fábrica del paganismo; y en fin, porque éstos eran grandes albergues en que se daba pábulo á los más vergonzosos apetitos, hipodromo en que corrían á rienda suelta las pasiones más brutales.

Así, en la filosofía de la historia nos explicamos la causa de las ruinas de la Quinta de Adriano como del Coliseo de Tito, de las Termas de Dioclesiano y de otros monumentos de la Roma pagana.

De los otros palacios y jardines del antiguo Tibur apenas queda el recuerdo que guardan las empolvadas páginas de la Historia. ¿Dónde está la villa de Mecenas, aquel gran protector de literatos que ha dejado su nombre á los bienhechores de las artes? Ni una lápida hay que marque el área que ocupaba. Mucho es si encontráis los escombros de la quinta de Lépidio, el triunviro; de Quintilio Varo, el gran General y favorito de Augusto; de Salústio, el historiador conciso; de los Pisones, á quienes Horacio dedicó el Arte Poética; de Marco Bruto y de Casio, los destronadores de César; de Catulo, de Horacio Flaco y de otros poetas y personajes célebres.

No sin razón los ricos y literatos de aquella época escogían á Tívoli para estada veraniega, cuando no para residencia habitual. Lo saludable de su clima, alabado por Propercio y Marcial; la abundancia de sus frutos, que le mereció el título de *Tibur pomifer*; su posición topográfi-

ca de 235 metros sobre el nivel del mar; las cascadas y los valles del Arno, riachuelo que paga tributo al Tíber; los manantiales de aguas minerales, entre las cuales ocupan primer puesto las *Albulas*, que los romanos llamaban *sanc-tissimae* por sus múltiples efectos medicinales; éstos y otros encantos forman de Tívoli un delicioso lugar, que convida á descansar de las fatigas de una vida agitada ó á retirarse del bullicio del mundo, para gozar á solas, sin testigo, del bien que todos debemos al cielo, según la poética frase de Fray Luis de León. Fue esto lo que hizo decir al vate venusino, el cantor más inspirado de la naturaleza y á la vez el más sencillo:

*Tibur Argeo positum Colono  
Sit meae sedes utinam senectae.*

(LIB. 2, O. 6).

Y en otro lugar, con más énfasis:

*Me nec tam patiens Lacedaemon,  
Nec tan Larissae percussit campus opimae,  
Quam domus Albunae resonantis,  
Et praeceptis Anio, et Tiburti lucus, et uda  
Mobilibus pomaria rivis.*

(LIB. 1, O. 7).

Empero, no sólo los romanos de aquella época de grandeza elogiaron y favorecieron á la ciudad de Tiburto; pasados los tiempos belicosos de la Edad Media, los grandes príncipes imitaron el buen gusto de los primeros.

Célebre sobre manera es la hermosa *villa de Este*, que llama dignamente la atención del viajero, aun hoy que se halla en lamentable abandono. Merece que le dediquemos unas líneas.

A mediados del siglo xvi, nombrado Gobernador de Tívoli el Cardenal Hipólito de Este, miembro de la ilustre casa de los Duques de Ferrara, hizo su entrada en aquella ciudad, con extraordinaria pompa y regio aparato; basta saber que le acompañaba un séquito de doscientos cincuen-

ta gentiles-hombres, entre los cuales ochenta decorados de títulos nobiliarios, y un cortejo escogido de literatos y sabios en todo género de ciencia. Al llegar aquí concibió la idea de una quinta que no tuviera rival entre las más ricas de Europa, y que fuera en los tiempos de su época lo que la Villa Adriana en la antigua.

Como miembro de una de las familias más nobles y más opulentas, el Cardenal de Este era dueño de grandes riquezas, de tal modo que poco menguaron sus arcas con el gasto de un millón de escudos que invirtió en la construcción del gran palacio y los magníficos jardines. En el primero, admirabilísimo por su bella arquitectura, los artistas más afamados de la época pintaron cuadros y frescos que son hoy alabados por los entendidos en el arte, pero que el cristiano visitante no puede mirar sin murmurar una protesta contra el gusto paganizado del Renacimiento.

De los jardines todavía se reconocen los rastros de su hermosura. En otro tiempo los poblaba un sinnúmero de estatuas y les daba animación una rica variedad de fuentes de ingeniosa estructura: la del órgano hidráulico era única en su género y causaba el embeleso de cuantos llegaron á verla y oírla: apenas quedan restos de esta maravilla. Parecía que el arte hubiera reproducido aquí los encantos de la gruta de Calipso, que dejó alelado al joven Telémaco. Juegos de agua caprichosos, estucos finísimos, bosquetes deliciosos, arboledas encantadoras, calles del poético mirto, sin contar otras preciosidades artísticas, formaban de esta villa un nuevo Edén.

Quien ha visitado el espléndido palacio de los reyes de Francia, en Versalles, con sus espaciosos jardines y extenso bosque; quien ha recorrido los deliciosos jardines del Luxemburgo y las Tullerías, en París; quien se ha solazado en las famosas quintas principescas de Roma, Albano y Frascati, puede asegurar que si los unos y los otros ganan en extensión á la de Este, no la sobrepujan en va-

lor artístico, ni en lujo, ni en belleza. Con razón dijo el mismo Cardenal de Este, que su quinta era digna morada del mayor príncipe de la tierra, y así debió ser la que en la pasada opulencia europea fue modelo en el arte de la jardinería.

Aún dura y durará su gloria; pero ya puede cantar también el de la celebrada elegía:

“Mira mármoles y arcos destrozados,  
Mira estatuas soberbias, que violenta  
Némesis derribó, yacer tendidas,  
Y ya en alto silencio sepultados  
Sus dueños celebrados.”

Y más tarde, si el honor de sus actuales dueños no se siente herido, podrá ponerse sobre su entrada la misma inscripción, que debería grabarse sobre las ruinas de la villa Adriana: *sic transit gloria mundi*: aquí yacen los restos de una grandeza regia, prueba confirmatoria de las palabras de Salomón.

Aunque todo se arruine y perezca en esta tierra clásica, las obras de la naturaleza serán perdurables: por eso Tívoli no perderá su atractivo, aunque los grandes la hayan abandonado. Contemplemos un rato sus espectáculos naturales.

¡Qué campo se abre ante la vista! ¡Cómo podría elevarme en poéticas contemplaciones si alas tuviera mi fantasía, si estuviera templada en el calor de mi tierra natal! Venid conmigo, vosotros los que sabéis inspiraros ante las maravillas de la naturaleza; venid vosotros, los que sabéis contar las glorias del Criador; bajad conmigo á los bosques de la *Villa Gregoriana*, al *Tiburti lucus*, que tanto hería el delicado gusto de Horacio; bajad á contemplar esas cascadas, esos saltos varios de agua cristalina, esos vórtices terribles, majestuosos, que contrastan con las corrientes mansas del fondo. Decidme si no sentís “arder la

inspiración." Mas no..... guardad las notas de vuestra lira; nos domina otro pensamiento; sin duda á vosotros también el mismo os asalta: el más dulce pensamiento de una alma americana alejada de su patria; el recuerdo de la tierra nativa (1).

Sí, es imponente la caída de las aguas del Anio, que forma la nueva *cascada grande*, obra de la munificencia de un Papa (Gregorio XVI), que, solícito del bien de su pueblo, hizo perforar las entrañas del monte Catilo para que diera paso encajonado á la corriente bifurcada del río; llenan de pavor el ruido asordante y el ímpetu vertiginoso de aquel otro salto que saliendo del boquerón bajo la admirable *Gruta de Neptuno*, amenaza arrollar en las ondas espumantes la más hercúlea fuerza que se oponga á su paso, tipo fiel de la corriente avasalladora del tiempo y débil trasunto del poder divino. Los saltos menores, raudas y rompientes (llamadas *le cascatelle*) no son menos admirables; su estruendo rimbombante conmueve y su ondulante espuma, que rueda alborotada y luégo se levanta en nieblas cristalinas, como humo de inmenso incensario agitado en el altar de la naturaleza á gloria del Omnipotente, deja suspenso al espectador en suave contemplación. Todo esto es bello, todo es encantador, todo sublime; pero ¿qué queréis? ¿No es verdad que sentimos todos nosotros algo interior que al mismo tiempo nos hace venir el recuerdo de la patria ausente y nos dice que son más bellas, más grandes las maravillas de nuestra encantadora América?

Pero estas reflexiones nos llevarían fuera del asunto, y tiempo es ya de salir de Tívoli. Vamos á despedirnos de ella contemplando todo un panorama de hermosuras; demosle un adiós desde el punto llamado aquí también *Belvedere*, camino de Quintiliolo, en una tarde límpida y serena. Mirad; ahí tenéis á la izquierda el monte Catilo,

(1) Este trabajo fue leído la primera vez ante los alumnos del Colegio, miembros de la Academia literaria de Santa Teresa de Jesús.

la cascada grande y la risueña vega, esmaltada de verdura, que serían las *uda mobilibus pomaria rivis* del poeta; de frente, en la parte alta, toda la extensión de la ciudad, con sus calles tortuosas, sus airosas torres y sus casas apiñadas, semejando un gracioso y alegre palomar; en la parte baja, las raudas y cascadas menores, las ruinas del templo de Hércules Vencedor, las fábricas de papel y los motores hidráulicos de la luz eléctrica que alumbrá á esta ciudad y á Roma; á nuestros pies, en el fondo de la quebrada que nos separa de la colina opuesta, veis las aguas juguetonas del Anio, que cual un ejército derrotado, recoge luégo sus aguas diseminadas por diversos arroyuelos y se reconstituye en retirada.

Volved ahora la vista á la derecha, mirad la campiña romana, que se extiende hasta el horizonte. Allá á lo lejos se divisan las alturas de Roma, sobre las cuales descuella, "*tamquam lenta solent inter viburna cupressi*," la gigantesca cúpula de San Pedro, proclamando hasta las nubes la gloria del arte cristiano y señalando en lontananza, al peregrino que se encamina á la Ciudad Eterna, el recinto en que reposan los restos del Pescador de Galilea. ¡Quién al verla no se lleva la mano al corazón y manda un saludo fervoroso al sepulcro venerando, como los cruzados de Godofredo al descubrir de lejos, al través del polvo que levantaban sus corceles, la ciudad santa de Jerusalén!

Levantad más alto la vista y contemplad por sobre el dombo de Miguel Angel, ese espectáculo siempre antiguo y siempre nuevo, con que se engalana la campiña y todo el orbe. El sol va á hundirse en el ocaso, su faz ensangrentada lleva las señales de una lucha titánica con las tinieblas, su ancha auréola de fuego, los arreboles que le circundan como un manto de carmín y grana, las nubes que le cortajan vestidas de zafiro y topacio, con celajes multicolores, todo dice que el astro rey reúne sus mejores galas para dar el último adiós al día en el hemisferio.

¡ Qué cuadro embelesante, qué espectáculo indescriptible, qué tema para el pincel de Ticiano, para la pluma de Fenelón y para el arpa de David! ¡ Qué fuente de inspiración para los poetas clásicos romanos, que supieron escoger aquí sus moradas; para los magnates de refinado gusto que supieron hacer de Tívoli un centro artístico y un lugar de recreo apacible!

P. M. R.

Tívoli, Septiembre de 1893.

## CRONICA DEL COLEGIO

En la noche del sábado 7 del mes pasado se reunió nuestro claustro en el *Aula Máxima* del Colegio, con el objeto de presenciar el acto solemne por el cual se recibían de Colegiales de Número los alumnos Señores D. Alfonso Villegas Arango, D. Nicolás Aristizábal y D. Rafael María González, jóvenes que se han distinguido tanto en las aulas, que han logrado alcanzar el honor que sólo se concede á los discípulos que á una conducta ejemplar reúnan una consagración á toda prueba y no escasas facultades intelectuales.

Presidió la sesión el Sr. Rector, acompañado del Sr. Vicerrector y del Sr. Consiliario D. Carlos Ucrós, y hallándose presentes varios Profesores del Colegio y algunos caballeros invitados al acto.

Abierta la sesión, el Sr. Rector pidió al Secretario la lectura del acta de la anterior, y en seguida comisionó á los Colegiales Sr. D. José Miguel Rosales y Dr. D. Angel María Sáenz, para que introdujeran al aula á los nuevos colegiales.

Al presentarse éstos, todos los asistentes se pusieron en pie, y llegado que hubieron á las gradas del solio rectoral, postráronse de rodillas, y el Sr. Villegas leyó en alta voz el *credo* en lengua latina. Terminada esta lectura du-